

Autor: Abilio Ayuso

EL MONIO

Ilustrador Ronny Bravo



Hay personas que persiguen con todas sus fuerzas una historia extraordinaria, y la encuentran, pero únicamente para darse cuenta de que solo es la puerta de entrada para algo mucho mayor.

+14

En aquella región montañosa, hacía siglos que se hablaba del “Monio”, pero sin ninguna trascendencia hacia el exterior, se trataba de una de tantas leyendas o mitos que circulan por las zonas rurales.

El nombre provenía de una degeneración de la palabra demonio, que alguien había interpretado erróneamente como si fuera: “de monio”, con la preposición “de” al principio. El error hizo gracia a la gente y la nueva palabra se sobrepuso a la original.

Tal vez ayudó al cambio de denominación, el hecho de que los aldeanos estuvieran convencidos de que no se trataba de un demonio cualquiera, sino de un espécimen único que solo habitaba en aquella región, además no lo asociaban a los demonios de origen infernal, sino a seres extraños de la naturaleza como faunos o sátiros.

Según contaba la leyenda, aquel ser perseguía a las mozas de buen ver, que andaban solas por los caminos, para poseerlas.

Lo describían como un cuadrumano de bello rostro, totalmente recubierto de suave pelaje, con cuernos retorcidos y un larguísimo rabo de rata.

Decían las comadres, que cuando localizaba a una muchacha solitaria, hacía su aparición de forma aparatosa, con agilísimos saltos y chillidos guturales que aterrorizaban a su víctima, que despavorida, emprendía una huida alocada.

Aquel ser la acosaba astutamente para apartarla de cualquier lugar transitado, a partir de ahí, sin detener su carrera le iba arrancando prendas de ropa con habilidad de malabarista, hasta que la pobre moza corría completamente desnuda, entonces era cuando consumaba la violación.

Cuando se echaba en falta alguna chica, los aldeanos dejaban sus obligaciones y salían con los perros al bosque a buscarla. En cuanto encontraban una prenda de ropa, solo tenían que seguir el rastro hasta la siguiente, como si fueran miguitas de pan, hasta encontrar a la muchacha en estado catatónico, con los ojos abiertos de par en par, estirada completamente desnuda en alguna zona de suave musgo.

A las que acababan de aquella forma les llamaban las “alelés”, se decía que el Monio les había robado el alma, y no sin razón, porque se quedaban en estado prácticamente vegetal para el resto de su vida.

Con el tiempo alguna había llegado a masticar y tragar el alimento y emitir una especie de quejido cuando quería hacer sus necesidades, pero ninguna llegó jamás a articular una palabra.

Lo realmente curioso del caso era que, aunque tardaran un día o dos en encontrarlas, las muchachas aparecían en perfecto estado físico, como si a pesar de su indefensión algo las protegiera. No presentaban ni una mordedura de alimaña, ni un arañazo, ni siquiera la picadura de un mosquito, tampoco padecían deshidratación ni síntomas de hipotermia por estar expuestas al frío nocturno.

También se decía que, si algún caminante solitario acertaba a encontrar una chica en aquel estado y aprovechaba la ocasión para violarla, moría de inmediato. “El Monio protege a sus alélás”, sentenciaban las comadres.

En la actualidad, hacía más de medio siglo que no se producía ningún ataque del Monio. Solamente quedaba con vida una alélá, la vieja Erundina, pero a su edad era difícil saber si su estado tenía un origen sobrenatural, o se trataba de simple demencia senil.

No obstante, todos los aldeanos de aquella remota región estaban convencidos de que a pesar del tiempo transcurrido el Monio seguía al acecho, y si no se habían producido nuevos ataques, era porque bajo ninguna circunstancia una moza transitaba sola por los caminos.

Según se decía, solo con que la acompañara un niño, o un perro, o hasta un gato llevado al hombro, bastaba para conjurar el asalto.

Si no había nadie disponible para acompañar a una chica que tuviera que desplazarse, aunque fuera a corta distancia, ataban un perro con una correa y se lo daban diciendo: “Toma, ya me lo devolverás, pero no vayas sola”.

Más aun, la mayoría de las muchachas tenían uno o dos perros de su propiedad, entrenados para que las siguieran a cualquier lugar, día y noche.

A veces las chicas volvían diciendo: “Seguro que hoy el Monio, me ha seguido los pasos, Leal no ha parado de ladrar en todo el camino”.

En numerosas ocasiones, y sobre todo después de cada ataque, los hombres de las cuatro aldeas se habían reunido, armados de garrotes y escopetas y acompañados de sus perros para dar una batida y acabar con la bestia, pero todo había sido inútil.

Las viejas argumentaban: “No se puede cazar al Monio, no es de este mundo, tiene poderes”.

Clara siempre había sido una chica ambiciosa y exigente consigo misma, aseguraba que las grandes oportunidades se encuentran en cualquier sitio,

pero que la gente corriente no tiene la perspicacia para intuir las, ni el tesón para llevarlas a la práctica contra viento y marea.

Con el título de antropóloga en el bolsillo, deseaba que su doctorado no se convirtiera en un legajo de papeles de archivo, o como máximo una reseña en una revista especializada, sino algo que hiciera historia, como el descubrimiento de la tumba de Tutankamón.

Para ello, se decía que no hacía falta realizar aparatosas expediciones a lugares exóticos ya que, a lo largo del tiempo, en casi todas las regiones del mundo había ocurrido un hecho excepcional que podía ser desentrañado.

Rebuscando por Internet en las hemerotecas de los diarios de provincias de menor tirada, encontró un artículo que hablaba del Monio, y de la creencia de los aldeanos de que aún rondaba por sus montañas.

Se decidió de inmediato, aquella zona apenas se encontraba a cuatrocientos kilómetros de su domicilio, era su oportunidad, aquel día fue de compras: Mapas de cartografía militar, minicámara de enfoque automático, gemelos, spray para defensa personal, jeringas gruesas, anestésico de uso veterinario, doble juego de esposas, y hasta una porra extensible.

Al día siguiente, de madrugada, cargó el equipo en su pequeño cochecito y puso rumbo a la zona en donde se suponía iba a encontrar aquel extraño ser.

Llegó al mediodía y no le fue difícil encontrar alojamiento en una de las aldeas diseminadas por la zona.

No existían hoteles porque era un área rural sin especial interés turístico, de difícil acceso por el mal estado de sus carreteras que sembradas de baches bordeaban peligrosamente desfiladeros y barrancos, y por último no era zona de paso hacia ningún sitio, conformaba una especie de bolsa cerrada por peñascos y roquedales, a la que solo se podía ir y volver por el mismo camino.

Si algún curioso viajero había acertado en adentrarse por aquel lugar, nunca recomendaba a nadie que repitiera la experiencia.

En aquella región se producían pocas novedades, así que una muchacha decidida y emprendedora como aquella, que venía de la ciudad a estudiar las costumbres de la zona, fue muy bien recibida, y encontró toda clase de facilidades para su trabajo.

Aquella gente le gustaba hablar, no hacía falta presionarles, en tres días había grabado todas las historias, ciertas o no, acerca del Monio, había

visitado a la tía Erundina, la última de las alelás, y la tumba de las anteriores víctimas, la mayoría muertas de puro viejas.

Solo le faltaba el trabajo de campo, la prueba final de la existencia real de aquel ser mitológico. Aquí fue donde comenzaron las pegas. Cuando los aldeanos se enteraron de que pensaba caminar sola por los senderos del bosque le pusieron toda clase de trabas: “No se te ocurra ir sola”, “Llévate al menos un perro”, “¿No has visto a Erundina, quieres acabar como ella?”.

Finalmente tuvo que cuadrarse y explicar que era mayor de edad, dueña de sus actos, inteligente, con una carrera acabada y preparada para cualquier contingencia. Aun así, en su primer intento de paseo notó que la seguían dos mozos prudentemente distanciados, no fue hasta que no les amenazó con usar el spray defensivo contra ellos que no la dejaron completamente sola.

Durante tres días paseó por entre las sendas más solitarias sin que nada sucediera, al final de cada caminata descargaba en su ordenador la memoria de la mini cámara, que había estado funcionando seis horas ininterrumpidamente, pasaba un programa que detectaba cualquier movimiento furtivo que tal vez la vista no hubiera podido apreciar y generaba un extracto: Nada de nada, algún cuervo entre las ramas, un conejo asustadizo, incluso la visión fugaz de un ciervo y un jabalí, pero no lo que ella buscaba.

Pero el tercer día, cuando bajaba desalentada a cenar, oyó en la cocina una conversación que le dio una pista del motivo de su fracaso: “Menuda loca imprudente nos ha salido la chica esa de ciudad, y menos mal que va vestida como un varón, con esas botas, la ropa militar, la mochila y el bastón, que sino ya hubiéramos tenido el disgusto”.

Esa era la clave, con su pelo corto y su equipo, a lo lejos podía pasar fácilmente por un muchacho y aquel ser no estaría acostumbrado a ver mujeres vestidas de aquella manera.

Al día siguiente cambió de táctica, se puso un vestido veraniego que había traído por si tenía que asistir a una fiesta en la aldea, sustituyó la mochila por una bolsa de tela colorida y las botas por unos mocasines, para rematar el aspecto se pintó los labios, se perfumó y se olvidó el bastón. Ahora parecía una mujer vista desde cualquier distancia.

Salió de su habitación furtivamente, aprovechando que los habitantes de la casa estaban ocupados con sus quehaceres, situó la cámara en una banda elástica sobre su frente, la activó y tomó el camino del bosque.

Llevaba ya tres horas caminando y comenzaba a pensar que, aunque hubiera sido perfectamente real, tal vez aquel ser después de cincuenta años desde su última aparición, había fallecido por causas naturales, o accidentales, o de puro viejo.

Estaba sumida en esas reflexiones cuando oyó con claridad un ruido de ramas que se movían, se giró hacia ese lugar y volvió a escucharlo, incluso comenzó a ver como se agitaba el ramaje a corta distancia de ella. Aunque no podía evitar que su corazón latiera aceleradamente, conservó la calma, abrió su bolsa y preparó con frialdad el espray defensivo en una mano y en la otra la jeringa de gruesa aguja cargada con anestésico suficiente como para inmovilizar a un toro.

Por un momento pensó que podría tratarse de uno de los muchachos del pueblo gastándole una broma pesada. Si se trataba de eso haría que el autor se arrepintiera, no estaba para tonterías en el momento en que se jugaba el éxito de su carrera.

En un momento dado las ramas se apartaron por completo y lo vio plenamente. Su cuerpo podía pasar por el de un humano de gran tamaño muy musculado, salvo que estaba completamente recubierto de un pelo corto de color castaño, suave y aterciopelado, como si se tratara de un muñeco de peluche. Sus extremidades inferiores eran manos, como las de un simio, pero evidentemente no lo era, porque su cabeza estaba adornada por unos pequeños cuernos retorcidos como los de un carnero.

Remataba el conjunto una larguísima cola como de rata, de piel brillante, acabada en punta, de aspecto aceitoso que, en lugar de balancearse con los movimientos de su portador, parecía tener vida propia.

Clara estaba realmente asustada, pero aguantó a pie firme mientras aquel ser la contemplaba, sin embargo cuanto se acercó con un par de saltos emitiendo un sonido gutural indescriptible, todo su aplomo se desmoronó, arrojó todo cuanto llevaba en las manos y se lanzó a correr enloquecidamente.

Cada vez que pensaba haberlo dejado atrás, el Monio aparecía en un lugar inesperado obligándola a cambiar de dirección.

Al llegar a un claro alargado del bosque notó como unas hábiles manos rasgaban su vestido que cayó a sus pies, igual suerte corrieron el sujetador, las bragas, y la cinta de la cabeza con la cámara. En un alarde de habilidad consiguió quitarle uno a uno los mocasines sin hacerla caer, hasta que corrió completamente desnuda por la suave hierba.

Fue entonces cuando unas fuertes manos aferraron sus tobillos y fue a parar de bruces al suelo, aunque sin hacerse daño porque un brazo musculoso la tomó por la cintura evitando que se lastimara. Aquel ser la volvió boca arriba aferrándola con las manos inferiores por los tobillos y con las superiores por las muñecas.

Clara se dio cuenta de que podía manejarla como un marionetista a su títere, la tenía allí bajo suyo con las piernas y brazos abiertos en cruz, sin que pudiera efectuar resistencia alguna, ya que, aunque las manos del Monio la sujetaban con suavidad, aumentaban enormemente la presión si ella intentaba liberarse.

Por un lado, renegaba de sí misma por haber perdido la cabeza y lanzado sus elementos defensivos, aunque por otro, su espíritu científico no podía librarse de la curiosidad de saber que les sucedía a las muchachas capturadas por aquel ser, aunque le aterraba la idea de acabar como la pobre Erundina.

Hasta el momento el Monio se mantenía a dos palmos por encima de ella lanzando suaves gemidos lastimeros, como los de un perrillo, que inevitablemente tenían un efecto tranquilizador, sus preciosos ojos castaños la miraban con simpatía y su bello rostro sonreía apaciblemente.

Levantando la cabeza y mirando hacia abajo, Clara percibió que el pene de aquel ser estaba completamente enhiesto, incluso ligeramente curvado hacia arriba y completamente lubricado, como si hubiera recibido un baño de aceite.

Poco a poco fue bajando su cuerpo hasta colocarlo encima del suyo, pero sin efectuar excesiva presión, su pelo era más suave que cualquier muñeco de peluche y Clara no pudo reprimir una sensación de placer al notarlo.

Percibió como aquel pene se introducía en ella lentamente, perfectamente lubricado, sin causar dolor alguno. Cuando se halló totalmente en su interior aumentó de volumen hasta ocupar por completo el espacio que su vagina permitía sin llegar a dañarla, en cuanto comenzó a moverse suavemente Clara supo que aquello no iba a ser una violación normal.

Ya en los primeros segundos la muchacha culminó en un orgasmo brutal, que inmediatamente fue seguido de otro mayor aún, en una cadena imparable.

A pesar del éxtasis, aun pudo notar como la punta de la larga cola aceitosa se iba introduciendo en su ano, vibrando y serpenteando en su interior, con cada golpe de pelvis la cola se introducía un centímetro más, siguiendo el

curso de su intestino y causándole un placer auxiliar indescriptible, era como si toda ella se fundiera en un goce que nunca culminaba, siempre iba en aumento.

En un momento dado, supo que ya no la sujetaba, porque notaba sus suaves manos recorriendo su cuerpo, pero se encontraba totalmente paralizada sin posibilidad de efectuar movimiento alguno. Notó una lengua puntiaguda jugando con sus pezones que se abrieron y comenzaron a segregarse como si estuviera en estado lactante.

Pensaba que aquel límite de placer era ya inasumible y que acabaría desmayándose, pero algo se lo impedía, y seguía empujándola más alto aún, hasta ser lanzada a un mundo donde no había sensación alguna, ni frío ni calor, ni luz ni oscuridad, ni sonido alguno, solo inacabables oleadas de placer.

En ese estado de éxtasis puro se quedó colgada permanentemente, con su cerebro totalmente colapsado, cualquier otra impresión externa era para ella como un eco muy lejano.

Al atardecer, la gente de la aldea ya estaba preocupada, y al ocaso, los habitantes de la zona habían organizado una partida de búsqueda.

No descansaron en toda la noche, y al amanecer la encontraron como siempre, siguiendo el rastro de ropa hasta hallar su cuerpo desnudo en estado catatónico.

La llevaron rápidamente a su habitación, donde la acostaron bien arropada, dos mujeres trataban de reanimarla con paños fríos en las sienes, sin resultado alguno.

La Guardia Civil fue alertada de inmediato, pero antes el alcalde de las cuatro aldeas advirtió a todos los vecinos: “Tenerlo claro, ni monios ni pollas, no vayan a tomarnos por idiotas o pensar que ocultamos algo. Esta chica estaba aquí estudiando las costumbres del lugar. Cuando notamos su falta salimos a buscarla y la encontramos en tal estado. No ha podido hacerlo nadie de aquí porque todos estábamos acompañados unos con otros en las tareas del campo, así que vengan ellos y averigüen que para eso les pagan”.

Así lo hicieron, y hacia el mediodía un helicóptero evacuaba a Clara al hospital provincial. Después de varias horas de rastreo sin encontrar nada de particular, la Guardia Civil dejó un retén en la zona y se llevaron, todas las pertenencias de la muchacha para analizarlas, tanto las que había

perdido en su carrera, como las dejadas en la habitación, incluso su pequeño cochecillo fue precintado y cargado en una grúa.

Ante la sorpresa de los vecinos por aquella requisa, el comandante dio una explicación tajante: “En muchos de estos casos el agresor es un conocido con el que ha estado en comunicación por Internet o ha llevado en su propio vehículo, es muy probable que sus pertenencias nos den una pista”.

En un primer momento dieron la sorpresa sus pertenencias: El spray defensivo entraba dentro de lo normal, pero la Jeringuilla cargada con anestésico, las esposas, anteojos de visión nocturna, Etc. no eran muy normales para una antropóloga. Pero eso no fue nada en comparación a todo el material que tenía guardado en el ordenador con respecto al Monio.

La bomba final fue la última grabación de la cámara donde se apreciaba con toda claridad la bestia surgiendo de la maleza, la alocada carrera, e incluso aunque en un plano muy lejano la propia violación que la cámara había grabado desde el tronco donde cayó.

Al mismo tiempo, desde el hospital, los médicos estaban perplejos. En principio confirmaban una violación vaginal y anal, pero sin ningún resto humano y sin embargo con residuos orgánicos de origen desconocido.

Se trataba de mucosidades que contenían sustancias de potentes efectos alucinógenos y afrodisíacos. Aprovechando el estado inconsciente de la chica le realizaron exploraciones muy exhaustivas, sin salir de su asombro.

Otro asunto que dejaba perplejos a los doctores era que, a pesar de su aparente estado catatónico, la actividad cerebral de la muchacha era muy intensa, como si estuviera realizando complejos cálculos matemáticos, o interpretando un solo de violín, o... En pleno orgasmo.

El comandante hizo un par de consultas con sus superiores y automáticamente impuso silencio absoluto tanto al personal del hospital, como a los investigadores.

Para todo el mundo la muchacha había sido drogada con sustancias muy potentes que le habían provocado dicho estado y posteriormente violada.

No se proporcionaban más datos para no entorpecer la investigación en curso.

En la sombra, la actividad era febril, se había formado un equipo multidisciplinar, compuesto por zoólogos, biólogos, antropólogos y

psicólogos que estudiaban las imágenes de la bestia y la mitología recogida por la chica en sus averiguaciones.

Finalmente, un equipo se desplazó nuevamente a la zona de los hechos, el comandante tuvo una conversación privada con el alcalde, el cual transmitió a los habitantes de la zona la conveniencia de mantener silencio respecto a todo lo referente al Monio.

Poco después, la vieja Erundina era también trasladada al hospital en helicóptero e incluso se tomaron muestras de los restos mortales de las otras “alelés”, para su posterior análisis.

Un discreto equipo quedó vigilando la única carretera de acceso, y el pobre periodista que se le ocurrió intentar subir para cubrir la noticia fue detenido y acusado hasta de ser el propio violador, aunque finalmente puesto en libertad a condición de olvidarse del lugar y del asunto.

No había pasado una semana cuando la zona fue tomada por un equipo de comandos altamente especializados. Los habitantes de cada aldea quedaron retenidos en sus casas, se les comunicó que descansaran de su dura tarea y que serían ampliamente compensados por las pérdidas que aquella inactividad provocara en sus cultivos.

Rápida y sigilosamente los agentes se pusieron en acción. A pesar de que aquel ser había escapado de cualquier intento de captura e incluso de la vista humana, excepto la de sus víctimas, era muy difícil que pudiera escapar a la más moderna tecnología puesta al servicio de los cazadores.

El coronel de los servicios especiales que dirigía la maniobra prohibió taxativamente a sus hombres el uso de armas de fuego, excepto las de dardos anestésicos, e incluso toda clase de arma blanca: “Es un favor que os hago, porque si se os escapa el dedo y lo matáis, luego os mataría yo a vosotros”.

El día señalado comenzó la caza, el cebo era muy sencillo: Agentes femeninos de gran belleza, aunque expertas en artes marciales y de nervios templados, eran voluntarias que sabían exactamente a lo que se enfrentaban, dos de ellas, perfumadas y vestidas con ropas vaporosas, caminaban en diferentes zonas por las sendas más boscosas, absolutamente solas, sin nadie que las vigilara ni de lejos.

Su equipo era sencillo, en su estómago se encontraba una bola recién tragada con un localizador de señal continua, en mitad de su cinturón un pulsador que debían activar cuando sufrieran el ataque, y por si acaso no acertaban a presionarlo, en el momento en que dicho cinturón fuera

separado más de un metro del localizador de su estómago, se activaría por sí mismo.

Durante dos días la artimaña no dio resultado alguno, pero al tercero una de las agentes presionó el botón en cuanto aquel ser se apareció ante ella. A pesar de todo su entrenamiento no pudo hacer gran cosa más, posiblemente el grito del Monio tenía algún tipo de poder hipnótico capaz de aterrorizar a la muchacha más curtida.

El equipo se puso en marcha rodeando la zona en tres círculos concéntricos. A pesar del sigilo empleado por los agentes y de hallarse enfrascado consumando la violación, aquel ser llegó a percibirlos y se puso en pie de un salto. En aquel instante cuatro dardos anestésicos y dos localizadores se clavaron en su piel.

Con una agilidad simiesca atravesó el primer círculo de agentes, dos lanza redes lo envolvieron, pero con haciendo gala de una habilidad súper humana se libró de ellas.

Un aturdidor de infrasonido le dio de lleno haciendo que se tambaleara, aun así consiguió atravesar los tres círculos deshaciéndose de otra red más y dos lazos corredizos, recibiendo tres dardos anestésicos más en su huida.

De no ser por los localizadores clavados en su piel lo hubieran perdido, pero su carrera en principio vertiginosa se fue debilitando hasta que se prácticamente se detuvo.

No era extraño porque llevaba encima anestesia como para dormir tres elefantes. Finalmente, un par de docenas de agentes se abalanzaron sobre él envolviéndole con una espesa red y esposándole. Lo curioso fue que, aunque luchó desesperadamente por liberarse, no hizo gesto alguno para agredir a sus captores.

Inmediatamente fue cargado en un furgón blindado que partió fuertemente escoltado con destino desconocido.

La agente agredida, aunque se encontraba tambaleante y aturdida, como si padeciera la resaca de una borrachera brutal, no llegó a quedar en coma, afortunadamente la copulación con el Monio no había durado lo suficiente.

Cuando más tarde habló de lo sucedido con el resto de los miembros del equipo confesó que estaría dispuesta a pagar por repetir la experiencia si supiera que la iban a interrumpir a tiempo, y en un arranque de sinceridad añadió: “Lo jodido es que, a partir de ahora, follar con un hombre en comparación me parecerá como rezar el rosario”.

Los comandos se retiraron discretamente, el coronel tuvo una última conversación con el alcalde, este sin tapujos le preguntó: “¿Han capturado al Monio o lo han matado?”.

El coronel le miró fijamente y le contestó: “¿De qué demonios me habla?, mi equipo y yo hemos estado buscando al violador de la antropóloga, pero desgraciadamente no lo hemos encontrado”.

Al cabo de tres años Clara todavía seguía hospitalizada en estado de coma, cuando una importante corporación farmacéutica se puso en contacto con sus padres para explicarles que posiblemente ellos habían encontrado el remedio para que la muchacha volviera a la normalidad, pero aún estaba en fase experimental y no deseaban hacerlo público antes de tiempo. Si permitían que su hija estuviera atendida en sus instalaciones durante un periodo entre tres meses y un año, harían todo lo posible por reanimarla.

Los padres vieron una luz de esperanza en la oscuridad y firmaron ante notario todo lo que les pusieron por delante.

La Corporación no garantizaba el éxito del tratamiento, ni siquiera se responsabilizaba si la muchacha fallecía en su transcurso, tampoco podrían visitarla en este tiempo, ni serían informados de los progresos obtenidos.

Al salir del notario el padre miró a su mujer que contenía las lágrimas y le dijo: “Si, ya lo sé, les hemos dado a nuestra hija para que experimenten con ella como si fuera un ratón de laboratorio, a saber lo que le harán, pero prefiero tener una esperanza que verla así el resto de su vida”.

Clara salió de su estado en dos meses, pero tuvo que seguir un tratamiento psiquiátrico de rehabilitación durante otros nueve.

Además de los potentísimos antidepresivos y drogas de todo tipo que le administraban, tenía soporte psicológico las veinticuatro horas del día. Sin todo ello posiblemente se hubiera suicidado a los pocos minutos o muerto por depresión extrema.

Más adelante le dieron toda clase de explicaciones: “Todavía estamos analizando las sustancias que segregaba aquel ser, que dejaron tu cerebro encerrado en un orgasmo permanente, aún no sabemos ni la mitad de la mitad, pero si lo suficiente para sacarte de tu estado, aunque el hacerlo fue como sacar a un bebé que está mamando sumergido en un baño caliente y arrojarlo por la ladera de una montaña helada. Sin ayuda no hubieras superado el despertar, el final del placer”.

Cuando estuvo preparada para marchar a casa, Clara tuvo una conversación reveladora con el director de la Corporación que no se andó con rodeos: “Nosotros somos una organización más grande de lo que puedas imaginar, esta entidad no es más que una mínima parte, y trabajamos sin manías para ganar dinero y poder, pero somos agradecidos y ayudamos a quienes nos ayudan.

Aunque sin pretenderlo nos has hecho un gran favor proporcionándonos algo más valioso que una mina de oro, y en correspondencia te hemos aplicado un tratamiento que no hubieras podido pagar ni trabajando toda una vida”.

“Resulta extraña tanta generosidad en una corporación cuya finalidad es ganar poder y dinero”.

“No te confundas, no ha sido una acción totalmente desinteresada, queríamos saber si con lo que habíamos aprendido podíamos revertir un estado como el tuyo, ahora sabemos que sí”.

“¿Y la vieja Erundina, también la han conseguido despertar?”.

“Hubiera sido una crueldad innecesaria, después de más de medio siglo en ese estado no lo hubiera superado, la devolvimos a su pueblo, para lo que le queda de vida mejor que la viva en su paraíso”.

“Bien, ¿Y ahora qué?”.

“Ahora si decides colaborar con nosotros con toda lealtad y honestidad, tu carrera será un camino de rosas, tenemos más recursos de lo que puedas suponer”.

“¿Y si no?”.

“Sino... Adiós muy buenas, hasta aquí hemos llegado”.

“Si colaboro ¿Recibiré información?”.

“Total, pero no podrás difundir ni una palabra”.

“Entonces ¿De qué me servirá mi trabajo, mi esfuerzo y sacrificio?”.

“Míralo de otra forma, si te pones contra nosotros e intentas explicar lo que sabes, no serás más que una loca que ha superado un coma de tres años y se encuentra en estado alucinatorio grave, serás el hazmerreír de todo el mundo”.

“Visto así... Estoy con vosotros, más que por la ambición por la curiosidad, me muero de ganas de saber lo que habéis averiguado, y... Tranquilos soy mujer de palabra nadie sabrá nada de lo que me expliquéis”.

“Perfecto, necesitamos mujeres como tú, decididas, leales, con ideas propias y capaces de arriesgarse por ellas, así que prepárate, después de unos simples trámites administrativos un vehículo te trasladará a unas instalaciones donde volverás a ver a tu Monio”.

Clara debió poner tal cara de sorpresa, que su interlocutor le dijo con una sonrisa: “Por supuesto, lo capturamos y lo tenemos muy bien guardado”.

Los trámites administrativos eran la contratación como empleada de la organización en una de sus muchas empresas, entre otras cosas tuvo que firmar ante notario un juramento de no revelar jamás a persona alguna ningún dato que pudiera llegar a conocer, excepto aquellos que expresamente le fueran permitidos.

Clara era una mujer flexible, que sabía aprovechar las oportunidades. Una puerta se cerraba, no podría publicar su estudio del Monio, pero otra se abría, estaba accediendo a un nivel de información que la gente corriente no tenía posibilidad alguna de conocer y ni siquiera tener idea de su existencia.

Después de tres horas de viaje llegaron a su destino, las instalaciones no parecían gran cosa, unos laboratorios ubicados en un antiguo y coquetón palacete, circundado por extensísimos jardines cercados por un enorme muro de piedra.

La recibió una doctora amable de cara aniñada que parecía recién salida de la universidad, nada ni nadie daba allí la sensación de secretismo ni sordidez que Clara esperaba encontrarse.

Durante un breve almuerzo en su despacho le comentó que trabajarían juntas y que le aportaría todos los datos que habían estado recopilando en estos casi cuatro años.

Al llegar a este punto Clara le dijo con toda sinceridad: “Pienso que si te toca la lotería no te has de cuestionar el porqué, pero no puedo evitar preguntarme porque me integráis en este proyecto, soy una recién licenciada sin experiencia, lleváis cuatro años de estudio de los que yo no sé nada, agradezco estar aquí, pero me extraña”.

“Todo se hace por un motivo, hasta ahora hemos conseguido datos físicos de ese ser, pero no comunicar, no interactuar, rehúye de los hombres, y con las mujeres ya sabes cómo actúa, pero tú eres la única que ha tenido un contacto completo con él y sin embargo estás en activo, ¿Recuerdas lo que decían las comadres en la aldea de que - El Monio cuida de sus alélás - ?”.

“Por supuesto que lo recuerdo”.

“Pues esperamos que contigo tenga una actitud diferente y consigas lo que nadie de nuestro equipo ha logrado”.

“¿Pero realmente piensas que después de cuatro años se acordará de mí?”.

“Es mucho más sofisticado y complejo de lo que te imaginas y para un ser que ha vivido milenios, cuatro años no son nada. Pero antes de que empieces a trabajar con él tendré que ponerte al corriente de todo lo que sabemos”.

Clara estaba como un perro hambriento ante un solomillo y no pudo reprimir el contestar: “¿Pero cuando?”.

La doctora sonrió y le dijo: “Ahora mismo, empieza a preguntar”.

Hubiera querido hacer cien preguntas a la vez, pero su formación académica se impuso, ordenó sus ideas en un instante y preguntó: ¿A que especie pertenece?.

“A ninguna, es un ser creado artificialmente con una finalidad concreta, es como un muñeco, pero vivo, no ha nacido de otros como él, ni tiene capacidad para engendrarlos”.

“Pero tiene aparato reproductor y bien dotado, ¿Para qué le sirve?”.

“Curiosamente sus genitales no son un aparato reproductor en sí, están diseñados solo para causar placer, y no segrega ningún tipo de esperma, sino sustancias afrodisíacas, unas drogas tan complejas y potentes que no hemos podido averiguar aún la décima parte de su potencial”.

“¿Pero quién tiene hoy en día capacidad para crear artificialmente algo así?”.

“Hoy en día desde luego nadie, porque hemos calculado que tiene como mínimo diez mil años”.

“¿Qué dices, es acaso inmortal?”.

“Inmortal no, podría morir de un disparo, pero no envejece, sino le ocurre ningún accidente puede vivir para siempre”.

“Vale, si es artificial ¿Con que finalidad ha sido creado y por quién?”.

“Por quien, no lo sabemos, pero desde luego nadie de este planeta, la finalidad... Está muy clara, proporcionar placer a las mujeres”.

“Ósea que según vosotros es una especie de muñeco de peluche y consolador pero vivo y autónomo. No comparto vuestra teoría, ¿Qué mujer querría un consolador que la dejara catatónica para siempre?”.

“Existen muchas posibilidades: Tal vez las mujeres de una especie alienígena tenían mayor capacidad mental que la nuestra y se podían sobreponer por sí mismas, o tenían equipos médicos que lo hacían por ellas, o no le permitían culminar su actuación, la dosificaban con medios que desconocemos. Por último, podría ser que lo usaran como una especie de verdugo, un castigo más humanitario que la pena de muerte, en lugar de matar a la condenada, la dejaban colgada el resto de su vida en un continuo súper orgasmo”.

“Bueno, ¿Y cómo llegó aquí?”.

“También tenemos varias teorías, o es una mascota que se escapó, o sus dueños originales murieron accidentalmente o de puro viejos, o lo abandonaron a propósito como quien abandona un perrillo”.

“Si lo perdieron, su dueña debe estar muy cabreada, y si lo abandonaron... Vaya putada. Pero cambiemos de tema: ¿Vais a comercializar algún producto derivado de lo que habéis aprendido?, será un bombazo, aunque evidentemente diréis que es resultado del trabajo de vuestros laboratorios, ¿Habéis publicado algo al respecto en alguna revista científica?”.

“Por el momento no vamos a comercializar ni publicar nada de nada, usaremos lo que conocemos dentro de un ámbito estrictamente privado”.

“Pero muchos de esos conocimientos podrían proporcionar un montón de dinero”.

“Tienes un concepto muy equivocado de lo que son nuestros negocios, imagina que tienes tres hijos y te dan todos los juguetes de la mayor juguetería del país, con la condición de no poder regalarlos ni venderlos, ¿Se los darías todos de golpe?, evidentemente no, porque resultaría un desastre, si fueras una madre inteligente se los dosificarías lentamente,

según su edad y aficiones, y la mayoría de ellos quedarían almacenados hasta quedar anticuados u obsoletos para su edad. Lo mismo sucede con la humanidad, ¿Tú crees que sale al mercado todo lo que se inventa?, ni mucho menos, sale solo lo que conviene a la gente, y sobre todo lo que nos conviene a nosotros”.

“Entonces... tenéis un montón de ases en la manga”.

“Por supuesto, y no pienses que lo de tu Monio ha sido algo único y excepcional, en el mundo llevan ocurriendo muchas cosas, algunas más extraordinarias que ésta, que simplemente no salen a la luz porque no conviene. Piensa que la gente corriente tiene una forma de vida muy sencilla, su trabajo, su comida, sus hijos, su fútbol para él y televisión basura para ella, no se pueden trastocar esos valores. Tú que eres antropóloga: Extrapola lo que sucedería si el asunto del Monio saliera a la luz”.

“Creo que nada bueno”.

“Por supuesto que no, mucha gente se volvería majareta, arrasaría los bosques buscando monios, a partir de ahí se daría crédito a cualquier chifladura, los violadores se disfrazarían de monios y las viejas solteronas avisarían a la policía cada vez que vieran una sombra. Y contra todas esas desgracias, ¿Qué ocurriría de bueno?... Absolutamente nada importante, una curiosidad satisfecha, una anécdota, un tema de conversación”.

“Analizándolo fríamente creo que tienes razón, aunque pobre bichillo, me parece una crueldad mantenerlo aislado en una jaula de laboratorio”.

“¿Jaula de laboratorio?, no me hagas reír, venga dejémonos de charlas y vamos a verlo”.

Se dirigieron a un ascensor acristalado, que como es lógico tenía los cinco botones correspondientes a tres pisos, terraza y sótano. Al cerrarse las puertas la doctora le mostró su reloj y le dijo: “Además de reloj es mando a distancia y algunas cosas más, con una clave especial el ascensor nos baja al subsótano que como verás no tiene botón en el panel”.

El ascensor se lanzó a una carrera vertiginosa hacia abajo a través de un pozo de piedra, Clara, más sorprendida que asustada no pudo por menos que preguntar: “¿A que profundidad vamos?”.

“A cuatrocientos metros, más otros cien de la altura de la caverna”.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando el ascensor salió a una enorme bóveda profusamente iluminada, continuando su descenso adosado a una columna metálica, aquello era una verdadera ciudad subterránea.

Clara estaba alucinada viendo aquel mundo subyacente iluminado como si fuera de día, a pesar de la evidencia no pudo por menos que preguntar: “¿Cuándo se descubrió esta gruta imagino que tampoco os convino hacerlo público?”.

“¿Para qué, para que unos cuantos turistas se paseen por ella?, así es mucho más útil, ¿Por qué piensas que compramos el palacete y sus jardines, para instalar unos pequeños laboratorios?, los verdaderos laboratorios están aquí abajo, a salvo de miradas indiscretas y contaminación”.

“Pero para mantener iluminado este recinto debe costar una fortuna”.

“Esto es más grande de lo que te imaginas, es todo un mundo subterráneo y no solo tiene entrada y salida por aquí, a medida que descubríamos hasta donde se extendía íbamos comprando propiedades situadas encima. Esta es una entrada de personal pero hay otras de carga que van a parar a naves industriales o fábricas, y en cuanto a la factura de la luz que tanto te preocupa... Eso a nuestro nivel no es problema, fabricamos toda la energía eléctrica que hace falta completamente gratis”.

“¿Pero cómo?”.

“Ni yo lo sé, ni me importa, no es mi campo, un ser humano no tiene capacidad para estudiar y aprender ni la veinteava parte de los recursos de que disponemos o estamos investigando, con mi área tengo más que suficiente”.

Al salir del ascensor, tomaron un vehículo eléctrico que más parecía dos sillones con reposapiés, juntos, abandonados en la calle, no tenía volante, ni pedales ni mando alguno, la doctora tecleó un número en un minúsculo panel y el artefacto se puso en marcha silenciosamente.

Al ver la cara de asombro de su compañera le dijo: “¿Te das cuenta?, sencillez total, ¿Para que necesitamos carrocería ni faros?, aquí nunca llueve, la temperatura es constante, ni se hace de noche, ni hace viento, sólo he tenido que pulsar el número trescientos quince y nos lleva a nuestro destino con toda seguridad”.

“¿Y si te equivocas de número?”.

“No se movería, aquí todo está controlado, el sistema sabe quién soy, que voy acompañada por ti, y lo que puedo y no puedo hacer, de hecho no estaba al pie del ascensor por casualidad, nos estaba esperando”.

Dentro de la gran bóveda había una especie de miniciudad transparente, formada principalmente por alguna especie de cristal, incluso los suelos, apenas había paneles opacos. En algunos lugares se veía gente trabajando, pero no llevaban batas ni uniforme alguno, la gente vestía a su aire, desde una exuberante muchacha en bikini hasta un chico elegantemente trajeado.

La doctora la iba comentando detalles: “En nuestras instalaciones apenas hacen falta paredes, así se aprovecha la luz general y hasta el más pequeño despacho o laboratorio tiene sensación de amplitud, además dentro de este recinto no hace falta el secretismo y dado que es nuestro mundo privado, no nos hacen falta los convencionalismos que imperan arriba”.

“Pero tu llevas bata blanca”.

“Porque vengo del laboratorio de arriba, pero aquí puedo hacer esto”, dicho lo cual desabrochó todos los botones de su bata y dejó al descubierto unos bonitos pechos y unas minúsculas braguitas azules, “Además lo podría hacer igual si me apeteciera, aunque tu fueras un hombre”.

Mientras hablaban, el original vehículo había atravesado túneles que se abrían centímetros antes de su llegada, rampas aéreas e incluso tomado una silenciosa plataforma elevadora. Finalmente llegaron a una terraza sobre una enorme cornisa, casi suspendida sobre una bóveda mayor aún que la anterior y más iluminada, pero a diferencia de ella, en lugar de instalaciones, solo contenía un tupido bosque con algunos claros tapizados de hierba e incluso un arroyo con cascadas que formaban alguna minúscula laguna. Era un pedazo de paraíso subterráneo que se extendía hasta donde casi no alcanzaba la vista.

Clara solo pudo abrir la boca para decir: “¡Hostia puta!”.

Mientras tanto su acompañanta riendo le decía: “¿Qué te parece la jaula del Monio?, tiene sol artificial, árboles, frutos, flores pájaros, ardillas y hasta peces en el río, hemos añadido solo los insectos necesarios para la polinización y listo. Esta bóveda estaba sin usar y decidimos construirle aquí su hogar, a salvo de antropólogas curiosonas. Tardamos más de tres años en adaptar este espacio, de hecho, casi lo acabamos de inaugurar”.

“Todo eso está muy bien, ¿Pero dónde demonios está?”.

“Huy amiga, eso no es tan sencillo, buscándolo a pie no lo encontrarías en un año, pero hay un sistema que lo tiene siempre localizado, mirando este panel... Ahí está”.

“Yo solo veo un tronco retorcido”.

La doctora pulsó un par de botones y la imagen cambió a termografía, “Ahora lo verás mejor, el tronco es recto y la parte retorcida es él, que se adapta y mimetiza al lugar donde se adhiere, puede pasar días sin moverse y permanecer inodoro, o emitir un olor destinado a confundir a quienes lo busquen”.

“Ahora entiendo porque nunca fue localizado, ni cazadores, ni perros, ni nada parecido. ¿Y de que se alimenta?”.

“Es vegetariano, puede comer casi cualquier cosa, aprovecha el alimento con tanta eficiencia que puede pasar semanas sin comer o alimentarse de un par de nueces o unas hojas de árbol, sus excrementos son totalmente sólidos e inodoros, los puedes confundir con una piedra”.

“Esta corporación debe disponer de muchos recursos económicos para mantenerle en estas instalaciones teniendo en cuenta que no se piensa comercializar de momento lo que se ha obtenido de él”.

“Si que disponemos de recursos casi ilimitados, pero nos gusta que cada palo aguante su vela, así que el muchacho se gana su sueldo, hemos difundido cierta información en círculos muy restringidos, y hay mujeres que están pagando por tener una aventura con él, evidentemente le interrumpimos antes de que pueda dejarlas catatónicas, como te pasó a ti, pero consiguen un rato de placer único, lo limitamos a una diaria, porque además pensamos que esa actividad le resultará beneficiosa y compensará su relativa cautividad”.

“Una mujer diaria... Estará divertido el chico, donde estaba antes lo tenían fichado y apenas conseguía una cada medio siglo. Y por cierto ¿Cuánto pagan las señoras por la aventura?”.

“Un millón de euros en efectivo, o en una cuenta de un paraíso fiscal”.

“¡Leches!, ¿Y conseguís clientas para todos los días”.

“Para casi todos, si nos queda uno libre puede ocuparlo gratuitamente alguna mujer de la corporación, y por si te lo preguntas... Si, yo estoy en lista de espera”.

“¿Y hoy quien ha sido su compañía?”.

“Seguro que la conoces: Paris Hilton”.

“Vaya con la viciosilla, como se los gasta”.

Clara se adaptó muy bien dentro de la corporación, y fue de gran utilidad porque, tal como la doctora había previsto, el Monio la reconoció perfectamente.

El día que probó a entrar en su recinto completamente sola, el Monio en lugar de realizar su acostumbrada maniobra de acoso, desvestido y violación, se le acercó despacio, agachado y gimiendo como un perrillo.

De repente ella se había convertido en la única persona capaz de interactuar, con aquel ser, la única que ni rehuía ni violaba. El trabajo de comunicación que le quedaba por hacer era inmenso y apasionante.

Siempre había soñado con hacer cosas diferentes y extraordinarias y lo había conseguido. Muchas veces sonreía recordando su idea de que: “Las grandes oportunidades se encuentran en cualquier sitio, pero la gente corriente no tiene la perspicacia para intuir las, ni el tesón para llevarlas a la práctica contra viento y marea”, y se decía a sí misma: “Cuanta razón tenías Clara”.

Recibió un reloj como el de la doctora que no solo le permitía acceder a las instalaciones subterráneas, sino que era su guardián y su salvaguardia, una de las funciones que le explicaron era la de alarma: “Estés donde estés, si te encuentras en un peligro o situación comprometida, pulsa simultáneamente estos dos botones y en pocos minutos un equipo nuestro lo neutralizará. Sino quieres arriesgarte a tocarlos, solo tienes que decir mirando el reloj: *Es más que tardísimo*”.

Oficialmente se convirtió en una antropóloga de prestigio, aunque la mayoría de méritos que le asignaban no eran en realidad suyos, mientras que su verdadero trabajo con el Monio permanecía en el anonimato.

Se pudo comprar una casita coquetona a una distancia conveniente de su principal trabajo y estaba satisfecha consigo misma, su vida era al mismo tiempo plácida y excitante.

Al cabo de un año, una noche que regresaba del trabajo, la abordó en la puerta de su casa un individuo de aspecto nervioso y desaliñado.

“¿Señorita Clara?”.

Se volvió más sorprendida que asustada: “Si dígame”.

“Usted no me conoce, soy periodista y he estado investigando el percance que tuvo hace años en las montañas, ¿Me permite que hable con usted unos minutos?”.

Como primera reacción lo hubiera mandado a paseo, pero sentía curiosidad por saber que había averiguado aquel individuo, así que, aunque no de muy buena gana, le dijo: “De acuerdo pase”.

Apenas se habían sentado, aquel individuo fue al grano sin preámbulos, casi atropelladamente: “Verá yo intenté cubrir la noticia de su violación y me encontré con una reacción desmedida de la policía, casi me encarcelan, eso avivó mi curiosidad, luego supe que el violador, que nunca fue encontrado, la había drogado y permanecía usted en coma, ¿Pero que droga puede hacer eso?. Cuando todo se calmó fui por aquellas aldeas y nadie quería explicarme nada, pero con paciencia me fui enterando de cosas, alguien dijo que un extraño ser hacía eso, pero que ya no estaba, había sido capturado y las muchachas ya podían ir al bosque sin temor...”.

“Oiga todo eso está muy bien, pero como usted sabrá, yo quedé más de tres años en estado catatónico y al despertar no pude recordar nada de lo que me pasó”.

“Si, pero fíjese usted, según mis informes una corporación farmacéutica privada la ingresó en sus instalaciones y consiguieron reanimarla, a partir de eso usted pasó a trabajar en una empresa que forma parte de un entramado al que pertenece, aunque indirectamente, esa misma corporación”.

“¿Y qué tiene de malo eso?, yo estaba descolgada después de cuatro años inactiva me ayudaron ofreciéndome un empleo y acepté”.

“Le voy a ser sincero, yo creo que han capturado a un ser extraordinario y en lugar de darlo a conocer lo están ocultando, y usted trabaja para ellos, pero, no se puede escamotear un hecho así al público, yo estoy dispuesto a llegar al fondo de la cuestión como sea, y cuento con usted para que me ayude, la gente tiene derecho a saber lo que sucede y mi deber es explicárselo”.

Clara miró su reloj y dijo: “*Es más que tardísimo*”, para seguidamente añadir: “Estoy muy cansada y no tengo ganas de rememorar aquel lamentable suceso, tal vez en otra ocasión en que tenga un día de fiesta podríamos hablar de ello”.

Aquel individuo no hacía ningún ademán de marcharse y continuaba machaconamente reafirmando el deber sagrado del periodista de informar a su público pese a las dificultades o problemas que ello represente. Pero no tuvo tiempo de repetirse demasiado, un grupo de policías de asalto reventó la puerta y una ventana. En treinta segundos era inmovilizado y llevado al furgón.

Aunque siempre juró que eso no era suyo, en su coche encontraron un alijo de droga y armas con las que se habían cometido varios delitos.

Mientras lo arrastraban a empujones fuera de la casa, Clara encendía tranquilamente un cigarrillo y se decía a sí misma: “¿Qué sabrás tu pobre payaso?, el público es imbécil y la gente no tiene derecho a saber nada”.

FIN...